

Testimonio de un “cargaladrillos”

Las llaves del periódico



Carlos Mario Correa
y Marco Antonio Mejía
Fondo Editorial Eafit,
Medellín, 2008
139 p.

Cuando Carlos Mario llegó a trabajar como corresponsal de *El Espectador* en Antioquia, nadie le advirtió que estaba reemplazando a un periodista amenazado de muerte. Era agosto de 1988, tenía 22 años y acaba de graduarse en la universidad.

En ese momento, Pablo Escobar estaba empeñado en desaparecer el periódico. En diciembre de 1986 había ordenado el asesinato en Bogotá de Guillermo Cano, el director, y desde entonces fueron continuas las amenazas, los ataques, la persecución y la muerte de funcionarios del medio.

Por eso, al llegar Carlos Mario, notó que no estaba precisamente en el escenario poético de las salas de redacción que se imaginaba en sus años de estudiante, cuando leía a los novelistas norteamericanos y soñaba con escribir crónicas unta-

das de literatura. Lo que encontró fue “una casa medio clandestina, porque ya no tenía ese aviso tan grande que hizo famoso a *El Espectador*”, donde trabajaban un periodista, una secretaria, un reportero gráfico, una gerente y un jefe de circulación marcados por el miedo; todos, incluido el recién llegado, en la mira del capo del Cartel de Medellín.

Aun así, Carlos Mario fue corresponsal del periódico durante trece años. Fue su obligación reportar noticias de sangre y fuego, hechos para los que la universidad no lo había preparado. “De los manuales de estilo —dice— aprendimos cómo cubrir un incendio, un choque de trenes... Pero no sabíamos cómo cubrir los crímenes de los sicarios, las masacres, los carros-bomba”.

El testimonio de esos trece años, escrito con ayuda de su amigo y vecino Marco Antonio Mejía, fue publicado el pasado mes de abril por el Fondo Editorial de la Universidad Eafit. Este libro de 139 páginas intensas y conmovedoras se llama *Las llaves del periódico*, pues durante ese tiempo Carlos Mario fue el encargado de cerrar las cuatro sedes —las conocidas y las ocultas— por las que pasó el periódico mientras esquivaba los ataques del capo, y de todas ellas conservó las llaves. Este es el tono de su testimonio:

Mi trabajo no era para nada cómodo. Llegué a tener tanto miedo, que en más de una ocasión pasaba dos o tres días en la oficina, salía únicamente a comprar la comida; siempre con la misma ropa, con miedo de ir a la casa, de salir por Medellín. Me la pasaba oyendo radio, comunicándome sólo por teléfono. [...] Ningún periodista de *El Espectador* se atrevía por la época a venir a Medellín, mucho menos si se trataba de un miembro de la familia Cano. La única

representación periodística de *El Espectador* era la mía desde la clandestinidad.

Las razones de ese pánico bien pueden entenderse en este contexto:

Vivíamos una época de gran confrontación en la ciudad, de ajuste de cuentas entre las bandas, de muertes en las esquinas a manos de grupos anónimos. Estaban los problemas en Urabá con el exterminio de los partidarios de la Unión Patriótica U.P.; estaban el fenómeno del secuestro, el robo de carros y, en general, el homicidio por todos lados (...); el enfrentamiento entre los narcotraficantes de Medellín, de Cali, y la lucha por o contra la extradición. Sobre el país se cernía la persecución ardua en contra de Pablo Escobar y sus hombres, el gobierno había puesto precio a sus cabezas. Fue un año duro, con una presión muy fuerte en el trabajo, atribulados por las sentencias a muerte que escuchábamos por teléfono y la espera de la bomba de cada día.

Pero la bomba no estalló en Medellín, sino en la sede de *El Espectador* en Bogotá, el 2 de septiembre de 1989. Cinco semanas después, cuando el periodista llevaba un año trabajando, asesinaron en Medellín al jefe de circulación, Miguel Arturo Soler Leal, y a la gerente regional, Marta Luz López. Y el último domingo de ese octubre, cuando Carlos Mario llegó a la tienda donde se distribuía la prensa en su pueblo, un sicario lo encañonó con la intención de matarlo si todavía trabajaba para *El Espectador*.

El miedo que sentí en aquella época sometido a las amenazas de muerte del Cartel de Medellín, por las cuales muchas noches dormí escondido debajo de la cama, me pudo haber hecho renunciar a mi deseo de ser periodista. Pero seguí

adelante impulsado por el ejemplo del propio *Espectador*, al levantarse sobre los escombros dejados por los cobardes impactos del carro bomba y los sicarios.

Además de una serie de anécdotas y sucesos periodísticos, el libro relata la persistencia de *El Espectador* en Medellín, un capítulo no tratado en las historias del periodismo colombiano, y contado, ya no por los directores de los medios o por los políticos, sino por un “periodista cargaladrillos” que vivió en carne y alma propias esos sucesos. En este libro, según su autor:

[...] se ve con toda nitidez el episodio inédito de Medellín, porque las historias que se han hecho de *El Espectador* son desde Bogotá y la figura prominente es don Guillermo Cano, pero nunca se había mencionado a los otros muertos. Y los muertos de *El Espectador* son alrededor de 20. En Bogotá también mataron a los asesores del director, a los abogados, a columnistas del medio, además de los que fueron desterrados al extranjero y de los que dejaron de escribir.

Carlos Mario afirma que decidió escribir y publicar *Las llaves del periódico* porque

[...] pienso que los periodistas no deberíamos quedarnos callados viendo cómo las historias y la historia de las que hemos hecho parte en Colombia, las están contando nuestros verdugos desde la clandestinidad de montes y ciudades, desde las cárceles, desde la ilegalidad, y las están escribiendo y publicando con la ayuda de muchos de nuestros colegas que les sirven de amanuenses. Mientras nosotros guardamos un silencio que nos mantiene bajo sospecha.

El libro, que surgió en algunas conversaciones con su amigo Marco, luego de que se cerrara

definitivamente la última sede del periódico en septiembre de 2001 y tuviera que abandonar su puesto, representa hoy, además del testimonio de un periodista clandestino, una cátedra de ética y una invitación a los actuales y futuros periodistas a abandonar las oficinas y volver a los tiempos de Pulitzer, para hacer de la calle el verdadero espacio de redacción. ■

Claudia Arroyave (Colombia)

Una cuentista buena es difícil de encontrar

Cuentos completos



Flannery O'Connor
Nuevas Ediciones de Bolsillo
Barcelona, 2007
849 p.

Según la reciente publicación en español de sus *Cuentos completos*, la obra de esta escritora norteamericana no supera los treinta y un relatos. Cargada de una sencillez magistral, Flannery O'Connor es, sencillamente, una deliciosa compañía siempre.

Es mejor leer a Flannery en las mañanas, incluso antes de bañarse, porque mientras el agua sale de la ducha, las imágenes del cuento recién leído se pasean por la cabeza, revolotean adentro como pelotitas de lotería en una urna y se transforman, de pronto, en un monosílabo: “¡Uuuy!”, o en un adjetivo: “¡Tremendo!”, o en una interrogación: “¿Cómo es posible que un vendedor de biblias...?”.

A todos nos pasa: hay momentos en los que quisiéramos evadirnos, abrir un libro y masticar una historia corta y profunda que nos renueve. Con las novelas uno siempre está esperando que pase algo, en medio de las interrupciones que son puntos suspensivos. Pero con los cuentos uno espera todo de una vez. Al terminar, algo tiene que haber cambiado, si no, no hay caso.

Y ahí están mis cuentistas favoritos. A excepción de Clarisse Lispector, Marvel Moreno y Margarite Yourcenar, todos hombres. “¿Qué otra mujer?”, le pregunté a un amigo. “¡Flannery O'Connor!”, me dijo, y ya soy yo la que la alabo.

Ahora la busco cada mañana, a ella que algún día dijo a un grupo de estudiantes con intenciones creativas: “La única manera de aprender a escribir cuentos es escribirlos, y luego tratar de descubrir qué es lo que se ha hecho”; a ella que me hizo devorar sus *Cuentos completos*, publicados en una edición DeBOLSILLO (así se llama, me fijé bien), muy económica por cierto, en cuyo prólogo “Contra el lector aburrido”, acertadamente Gustavo Martín Garzo afirma: “El lector tiene ahora la oportunidad de conocer una de las obras más intensas, perturbadoras y bellas que se han escrito jamás”.

Ahí está, pues, metida en un libro gordo (849 páginas), pequeño y liviano, del tamaño de un cofre

para guardar aretas. Están metidas sus historias, digo, porque el 3 de agosto de 1964, a sus treinta y nueve años, Flannery emigró al planeta del misterio al que van todas las almas alguna vez. Se fue después de una enfermedad incurable, con la impuesta unción de los enfermos y un largo coma que tal vez fue su última metáfora.

Pero antes de la inminente despedida, apenas supo que tenía la misma enfermedad que se había llevado a su papá en 1941, se fue a vivir con su mamá a una granja cerca de Milledgville, en el Estado de Georgia, al sur de los Estados Unidos. Allí se dedicó simultáneamente a la cría de pavos reales y a la escritura de cuentos; allá vivía cuando se publicó en 1955 su primer libro de cuentos *Un hombre bueno es difícil de encontrar*; diez historias que justifican esta afirmación: “Flannery O’Connor es la gran narradora norteamericana del siglo XX”.

Su vida parece uno más de los cuentos tristes que fue componiendo día a día en jornadas largas que comenzaban a las nueve de la mañana. Yo me la imagino sentada muy juiciosa, saliéndose del mundo frente a las hojas blancas, esforzándose por demostrar que “el arte es el hábito del artista”. También la imagino caminando apoyada en su muleta y contemplando sus pavos reales. Pero la imagino, no más, porque ella es prudente y no se revela en sus cuentos. Sus historias son ficciones, no autobiografías, y parten, siempre, de uno o dos personajes con los que uno se familiariza y encariña antes de que ellos den el golpe final.

Esos personajes habitan un mundo rural. Los hay abuelos, adultos, jóvenes y niños; blancos, negros, polacos; religiosos, pecadores, ateos; todos distintos y claros ejemplos de una de las creencias de la escritora: “En la mayoría de los buenos cuentos es

la personalidad del personaje lo que crea la acción en la historia”.

Al respecto, crean su acción un abuelo campesino resignado a vivir en un apartamento citadino, absolutamente aburrido; enamorado de un geranio vecino; Ruller, el niño introvertido que juega a cazar un pavo; Ruby, la mujer robusta que sueña con mudarse de casa.

Pero son increíblemente llamativas las personalidades de la abuela y del “Desequilibrado” en *Un hombre bueno es difícil de encontrar*, que no es una historia de amor, sino un viaje que hacemos rumbo a Florida montados en el carro de Bailey, con él, su esposa, sus hijos y su madre (la abuela del cuento); del general Sash que tenía ciento cuatro años y vivía con su nieta de setenta y dos, en “Un encuentro tardío con el enemigo”; del vagabundo Shiftlet, quien provoca un ahogo al lector en “La vida que salvéis puede ser la vuestra”; y de la joven con la pierna de palo y el vendedor de biblias en “La buena gente del campo”.

Y podría seguir señalando a los personajes de Flannery, pero ya que la encontré y mastiqué sus cuentos una vez, sería bueno releerla: volver a ella, sin duda, será otro descubrimiento. ■

Claudia Arroyave (Colombia)

Revista de poesía

ARQUITRAVE

Director
Harold Alvarado Tenorio

www.arquitrave.com

Edipo, el errante, el misterio de la individualidad

El errar del padre



Marta Cecilia Vélez Saldarriaga
Editorial Universidad de Antioquia
Medellín, 2007
304 p.

Aunque se crea que su palabra es una voz sobre la nada, el decir de Edipo es uno que no se calla, que no se apaga; la ardiente ceniza del olvido que hoy se resiste a caer sobre su cuerpo errante, sobre sus ojos oscurecidos por obra de la luz de su culpa. Sus pasos errantes van, huyen sin abandonar la prolongada herida padecida estoicamente por Antígona, su hija “desobediente” a la ley humana pero sumisa a la ley divina, que la mantiene como guía y vigilante de ese padre, que le alarga la noche. Desvelada, la hija fiel hoy trasiega desde otras mujeres, sola y sin rumbo, desplazada; sin cielo para sus ojos, con tierra para sus hombros...

Aunque se crea que la voz de Edipo errante es sobre la nada, también es una voz que retorna, no para resolver el mito sino para actualizarlo por medio de la crea-

ción artística contemporánea, y en esta ocasión, el regreso se da en medio de páginas donde su vida trágica se hace palabra y camino inacabado; pues además de ser padecida por quien a la vez fuera grande y desdichado, recae sobre quien se recuerda por obra de un sentido: el de lo trágico.

Así es, Edipo ha regresado a través de la obra titulada *El errar del padre*, un claro trabajo de reflexión y creación literaria que se da principalmente en torno a la pieza trágica del poeta griego Sófocles: *Antígona*. El extenso ejercicio de pensamiento conducente a un sugestivo trabajo de invención literaria desarrollado por la profesora Marta Cecilia Vélez Saldarriaga tiene en cuenta, además de la obra clásica indicada, el “Ciclo troyano”; y con éste todo un referente mítico, próximo a la gestación y contenido mismo de la pieza creada por el poeta de Salamina. Todo el contexto antiguo es quizás el que permite al lector entender por qué sobresale la figura de Edipo en las páginas, nombre que inmediatamente aclara la razón del título que lleva la obra.

Resulta claro que, desde el punto de vista literario, la obra hace valiosos aportes de potencial aplicación en la actividad académica, cultural y artística, incluyendo la *representativa*. Remito lo que se acaba de afirmar a la producción trágica creada a la luz de la clásica trilogía troyana. En aquella la autora logra recrear con ingenio una nueva y contemporánea pieza contextualizada en el panorama de violencia mundial y, muy particularmente, en lo que de ésta toca a Colombia, en cuanto al fenómeno sociopolítico del desplazamiento, la muerte de inocentes y la desesperada soledad de madres, viudas y mujeres en general, víctimas de una guerra que ha llegado sin piedad sobre sus territorios y sobre sus cuerpos.

Lo expresado en el párrafo anterior puede leerse en las 304 páginas que conforman la obra titulada *El errar del padre*. Un eco de lamento viene de estas páginas: no ha sido sólo una Antígona, son muchas, tantas como las desplazadas o en exilio, aquellas que hoy han transformado la geografía del mundo, de Auschwitz a Bojayá. Tampoco son escasos los Edipos, pues el errar del padre no acabó con el destierro, ceguera y muerte de este mitológico personaje, sino que tras su huella vive la saga que se extiende para imposibilitar su olvido. Así, además del literario, los aportes de tipo sociológico, antropológico, histórico y psicoanalítico que contiene la obra resultan de alcances invaluable.

De manera metodológica y argumentativa la profesora Vélez Saldarriaga rescata el objeto de su búsqueda a partir de antecedentes míticos de error, culpa y violencia que no han dejado de repetirse a lo largo de toda historia humana, donde tienen tanta presencia el deseo como la ley. Y pese a que se trata de un trabajo en el que sobresale la creación, en éste es visible una bien formulada investigación, que destaca el concepto de la *hamartía* (error en la acción de un personaje trágico)* y sus debidas e históricas consecuencias, no sólo para ese personaje, sino para los posteriores momentos culturales del mundo de la ley y de la justicia. Luego del error cometido por el héroe mítico Edipo: grande y desgraciado a la vez y por una misma causa engastada en el “saber” y la transgresión.

Merece destacarse que la obra se desarrolla a partir de bases conceptuales y firmes acerca de las nociones fundamentales propuestas desde su título, valiéndose, para ello, de autores e investigadores de la misma problemática; filósofos, literatos, ensayistas y poetas, seleccionados como centrales para el propósito esencialmente literario que sustenta la obra. De

esta forma, la autora se apoya en autores y materiales bibliográficos de diversas disciplinas que confluyen para el objetivo que formula esta producción y que puede sintetizarse así: realizar una lectura actualizada de las implicaciones del error de un padre como Edipo y los efectos siniestros de vida, artísticos y culturales dejados por tal acontecimiento como legado al mundo occidental.

Por otra parte, resulta interesante enfatizar cómo el trabajo representa toda una actualización, también poética, del nombre de un padre y una hija en la saga de los “labdácidas”. La misma que no deja de hacer eco en la memoria histórica y cultural de todos los tiempos posteriores a la gran tragedia griega.

Para su logro artístico, la autora, quien ha escrito este extenso trabajo de alta factura literaria, ha adelantado una especie de arqueología de la tragedia, en torno de dos figuras: Edipo y Antígona. Esta labor le permitió no sólo actualizar los personajes en las tres obras de Sófocles que esculpen estas figuras, sino adelantar todo un ejercicio de orden estético mediante el cual hace de ellos, además de un motivo de reflexión disciplinar actualizada, una forma de reescribir las piezas de hace 2500 años, no en verso, pero sí en prosa y en tono de acontecimiento contemporáneo.

El errar del padre consta de trece capítulos en los cuales se destaca la fluidez que permite una lectura atenta, amena, aunque no por ello, exenta del impacto necesario para conmocionarnos. Igualmente, sobresale la manera como los capítulos anunciados desde sugerentes títulos, se relacionan perfectamente con las citas, referencias, reflexiones y demás recursos literario-poéticos, todos pertinentes para el interés de la producción aquí lograda, además de un claro aprovechamiento de las fuentes

seleccionadas. Hecho que además de llevar a la confirmación de un interés explícito y planteado a medida que transcurre la obra, ilustra al lector acerca de otros motivos teóricos, algunos, al parecer, no nombrados explícitamente, como la veta psicoanalítica que tiene el conjunto del trabajo desde el título mismo. Circunstancia que concede a sus páginas alcances que sobrepasan lo creativo para alcanzar un claro lugar de difusión, como el ámbito académico, dado que para el lector o para los estudiosos del tipo de temáticas aquí desarrolladas, el trabajo tiene alcances bastante sugerentes.

El error del padre es un trabajo que merece calificarse como investigativo y artístico, que ilustra lecturas actualizadas de obras clásicas a partir de motivos teóricos cuyos alcances amplían el abanico de las disciplinas que hoy han acercado sus objetos de saber a un problema que no pierde vigencia: el del mito griego y su inagotable Edipo.

Por último, retomo unas líneas de la autora, que dejan ver a Antígona en la desolación donde la esculpe el poeta griego, sin otra posibilidad que cruzar y apretar el nudo que pudo ser vínculo entre ella y Hemón, su novio, pero que acabó por ser un empujón que dio pronto fin a su vida desolada. “Y Antígona supo que ya no podía huir: esa misteriosa presencia junto a su ofrenda la tenía presa: era cárcel su deseo de cercanía humana, era encierro esa urgencia que la empujaba hacia ella [...]” (p. 167). Ella fue y sigue siendo la mujer que desobedeció una ley para obedecer la que siempre defendió, por eso erró con su padre, en sus nocturnas cuencas, en sus vagar siniestro y en su andar de paso defectuoso.

Es la forma como la autora de *El error del padre* consigue la promesa según la cual se vuelve a la historia cada vez que una imagen estimula el regreso al pasado;

cómo ésta además del tiempo, porta su mayor contenido, el del imposible olvido. ■

Judith Nieto (Colombia)

Profesora asociada de la Universidad Industrial de Santander (UIS), Escuela de Filosofía.

Notas

* Aunque literalmente no se trabaja con esta acepción, considero pertinente remitirme a ella, dado lo visible que resulta en la lectura y a lo largo del texto.

El Conde Letras la nueva revista literaria para niños

El Conde Letras



1

En la búsqueda de nuevas alternativas para acercar la literatura a los niños nace *El Conde Letras*, una revista novedosa y necesaria para nuestro país, que pretende ser fuente de placer, aprendizaje y entretenimiento. Esta revista es una iniciativa de la Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra, entidad dedicada a fomentar la lectura y estimular la creación literaria mediante programas de sensibilización, formación e investigación.

El primer número de *El Conde Letras* apareció en junio de este año, cuenta con un excelente

equipo de profesionales y colaboradores, y ya se perfila como un material de colección que, pese a estar dirigido al público infantil, también pueden disfrutar padres, profesores y bibliotecarios, quienes encontrarán en ella herramientas pedagógicas y artísticas.

El contexto en el cual surge *El Conde Letras*, así como otras revistas dirigidas a niños, es el de poquísimos lectores de material impreso en nuestro medio. Debido, entre otras cosas, a que la lectura en los hogares no es una práctica habitual y, en general, el contacto inicial de los niños con la literatura suele ser en la escuela. Por desgracia, este acercamiento se torna en muchos casos hostil, al estar mediado por “el deber de leer”, convirtiéndose en una pesadilla que, al final, termina en odio hacia la lectura. Es así como la revista, con su formato ágil y versátil, que admite acercamientos y recorridos muy personales, puede contribuir a contrarrestar estas circunstancias adversas.

El Conde Letras muestra en su primer número una preocupación por la originalidad y permanencia de sus contenidos. Además de ser una publicación a todo color para ver y leer, deleita estéticamente a sus lectores y ofrece un espacio para divulgar a los escritores e ilustradores de nuestra ciudad, el país e Hispanoamérica. Se trata, en definitiva, de una manera de contribuir a la maduración de la tradición literaria infantil y juvenil colombiana.

2

Las secciones de *El Conde Letras* fueron creadas en función del juego, la imagen y la literatura. Cada una de ellas tiene un personaje que es su protagonista, como el ogro que dirige los juegos de palabras, la bruja que presenta los libros, el castor que explica las manualidades o el conde viajero que cuenta sus aventuras. Sus formas

y matices son tan diversos como atrayentes. Todos estos personajes son independientes y ejercen el papel de directores de su sección, orientados por uno mayor: El Conde Letras.

Lo esencial de cada sección es que logre ser una conversación activa y continua con los pequeños lectores que, muchas veces, más que escuchar, también quieren preguntar y participar. Por esto, los niños son el sentido de la revista. Con frecuencia se les invita a que hagan parte, e incluso a que tomen partido sobre lo que les gusta y lo que no, sin olvidar que el público infantil juzga por sus impresiones, orientadas no sólo por su inteligencia sino por sus intuiciones.

Una de las secciones de *El Conde Letras* es “Huellas de gigante”, donde se entrevista, de manera muy particular, a un autor importante de la literatura infantil actual. En este primer número, la invitada fue la escritora argentina Ema Wolf, quien con sus cuentos ha hecho reír a más de un niño. Ella, para decirlo sin miramientos, es uno de los clásicos de la literatura infantil contemporánea en Hispanoamérica. En esta ocasión cuenta sobre sus lecturas de infancia, cuando viajaba por mares con piratas y bucaneros, buscando tesoros y rescatando hermosas mujeres atrapadas por monstruos marinos. Por supuesto, viajes que ocurrían en su imaginación. Ella recuerda, especialmente, cómo las historias de Kipling, Salgari y Stevenson, la llevaron después a un gran narrador como Conrad. Lo importante de la entrevista es el tono personal que hace la lectura amena, original y muy entretenida.

Otra sección, igual de importante por su trascendencia y proyección, es “Pincel del mago”. En ella se invita a un reconocido y prestigioso ilustrador infantil nacional o extranjero para que cuente a los lectores de *El Conde*

Letras cuál ha sido su experiencia y cómo llegó a dedicarse a tan maravilloso arte: el de dar forma a los personajes y a las historias a través del color y la línea. Asimismo, se muestran algunas ilustraciones del autor, tratando de que ellas “hablen” por sí solas. En esta oportunidad, el entrevistado fue el ilustrador catalán Francesc Rovira, quien ha creado sus propias versiones del Quijote y Scherezada. Esta entrevista sobresale porque muestra a los niños una persona muy humana, cercana, que relata sus travesuras de infancia, sus sueños y frustraciones.

“Otra vuelta al mundo” es una sección que, como su nombre lo dice, consiste en un viaje a otras culturas, en otros tiempos y espacios. Es una crónica para niños donde se juega a conocer el mundo. En el primer número se cuentan las historias sobre los condes que inventaron la bicicleta, el sandwich, el zeppelin, la pila y la bocina. Todos ellos fueron unos curiosos que, por experimentación o azar, se encontraron con estos inventos que han sido tan útiles para la humanidad. Las pequeñas crónicas relatan a los niños cómo era la vida hace cien o doscientos años. ¡Ah!, y las imágenes son tan divertidas y llenas de vida que iluminan a estos personajes históricos.

La sección central, “Catalejo”, trata sobre el tema principal de la revista, que en este primer número es el de “humor y travesuras”. El Conde Letras, quien en esta ocasión hace las veces de reportero y entrevistador, aborda algunos de los personajes más traviesos de la literatura infantil y juvenil. Entre ellos se encuentra Olivia, la cerdita creada por Ian Falconer que vive numerosas aventuras en un circo. Está también el infaltable Tom Sawyer, quien le cuenta al Conde Letras una travesura que una vez vivió en el cementerio, mientras pretendía conjurar las fuerzas del

más allá para liberarse de unas cuantas verrugas. Asimismo, se encuentran los Cretinos, imaginados por Roald Dahl. Señor y señora Cretinos, como es de suponerse, empiezan a pelear en plena entrevista, recordando maravillosos insultos y tremendas maldades que el uno le ha hecho al otro. El inolvidable Pinocho hace parte de este grupo de traviesos, quien nos relata con detalle aquella vez que se transformó en burro por escaparse con sus amigos en busca de aventuras, juegos y bebida. De igual manera, aparecen otros personajes grandiosos como Max de *Donde viven los monstruos*, Pipi Calzaslargas, Rubi la Imprudente y el Pequeño Nicolás. “Catalejo” es una de las secciones más literarias, donde se pretende, precisamente, mostrar la literatura de manera divertida y lúdica, amena y graciosa. Estas páginas, por su estilo humorístico y novedoso resultan un verdadero encanto para fascinar a los niños con el mundo de las letras y de las ilustraciones.

“Caldero de libros” es la parte dedicada a recomendar las últimas novelas, cuentos, poemas, crónicas y demás. Casi siempre se trata de libros relacionados con el tema de la revista. En este primer número se encuentran algunos autores colombianos e hispanoamericanos, que han publicado recientemente sus obras, como Francisco Montaña, Jordi Sierra i Fabra, Ricardo Silva Romero, Francisco Hinojosa, entre otros.

De otro lado, existen secciones dedicadas a los juegos de palabras y a la diversión, como “Recreo de los ogros” y “Taller de letras”, y a las manualidades, como “Taller del castor”, mostrando así otros usos de la lectura. En “Diario de un lector”, se entrevista a un personaje célebre del país para que le cuente a los niños sobre el tipo de historias que le gusta leer y sus autores favoritos. También existe una llamada “Vampiro literario”,

donde se encuentra un texto, ya sea cuento o novela, escrito por un autor reconocido. En este primer número se publicó un magnífico cuento, “La momia desatada”, de la argentina Ema Wolf. Otra sección, “Los casos del inspector Valeriano”, contiene un cuento policiaco de Jordi Sierra i Fabra con un enigma por resolver; la respuesta al misterio se haya en la misma revista, pero depende de los lectores poder descifrar el caso. Así mismo, los niños podrán encontrar noticias sobre el acontecer literario, cultural y artístico de la ciudad y el país, al igual que datos curiosos sobre diferentes temas.

3

Aunque este es el primer número de *El Conde Letras*, su objetivo es aportar a la construcción de una tradición literaria infantil y a la formación de lectores a través de una publicación trimestral, fundamentada en un principio de calidad estética, basado en una cuidadosa y elaborada creación artística y literaria. Es cierto que el panorama no es muy alentador, pues todas las revistas literarias para niños que han aparecido en el país en los últimos veinte años ya no existen, debido a múltiples factores, entre ellos, el económico. Ojalá que este no sea el caso de *El Conde Letras*, pues todavía tiene mucho que dar tanto en sus textos como en sus imágenes. En este primer número ya lo ha demostrado. ■

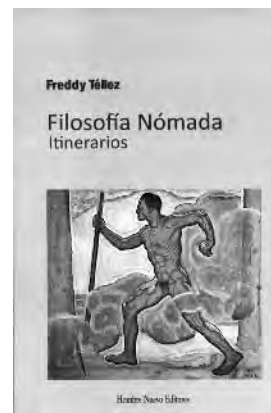
Tatiana Jaramillo Toro



El día 22 de septiembre murió la querida maestra y pintora

Ethel Gilmour

Filosofía nómada Itinerarios



Freddy Téllez
Hombre Nuevo Editores
Medellín, 2008
318 p.

[...] en esos primeros libros, mi “yo autor” era distinto al que me habita hoy. Es allí donde el nomadismo entra a desempeñar un papel. Si observo a distancia lo que he escrito desde hace unos 20 años, desde digamos, *De la praxis* (1985) hasta ahora, debo constatar que mi pensamiento se ha desligado de una fuerte preocupación por la afirmación sistemática y convencida de tener razón.

El nomadismo es así una forma de escepticismo sano ante las ideas, que me ha llevado a adoptar el aforismo en *Del pensar breve* (1993), o la forma soberana del ensayo, en otros de mis libros similares a este que motiva nuestra entrevista [...] Es una manera suave, leve, de afirmar. El aforismo también [...] un espacio de fragilización intencional del yo dogmático y puramente teórico.¹

Freddy Téllez, doctor en filosofía de la Universidad de París, profesor universitario, novelista y escritor multifacético, fue vicedecano, y decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad

del Cauca (1972-75), profesor de filosofía en la Universidad Nacional (1977), en la Universidad Central de Venezuela (1982), y en la Universidad Popular de Lausanne, Suiza (1996-2004).

Ha escrito, entre otras obras, *De la praxis* (1985), *Palimpsestos. Los rostros de la escritura* (1990), *La ciudad interior* (1990), *Del pensar breve* (1993), *En torno a Cioran* (1999), *Filosofía y extramuros* (1999), *Mitos: filosofía y práctica* (2002), *Ma bibliothèque et moi* (2003), *Une visite chez Monsieur Cioran* (2007), *La misère du marxisme et le marxisme de la misère* (2008) y este libro de ensayos que hoy presentamos, titulado sugestivamente, *Filosofía nómada. Itinerarios* (2008).

Téllez, experto conocedor del filósofo rumano-francés Emilio Cioran y de otros autores europeos fundamentales como Jean Paul Sartre, Albert Camus, Clément Rosset, Roland Barthes, Heidegger y Nietzsche, es un hombre de estudio y reflexión, de observación y cuidadoso análisis, que propone ideas nuevas y perspectivas originales de mirar los grandes problemas y temas de la cultura y de la filosofía. Se destaca por su singular punto de vista, la riqueza argumental y un análisis muy claro que busca evitar la pesadez universitaria y derrumbar prejuicios y lugares comunes de algunas explicaciones e interpretaciones oficiales.

El libro propone desde el título una desafiante y novedosa concepción del pensamiento como móvil y viajero, y de la filosofía como transgresora del conocimiento, la cual se desplaza por diferentes territorios, desde el ensayo en profundidad, hasta el recuento reflexivo de experiencias de vida. Se deslinda de la unidad temática, los modelos preestablecidos, y las fronteras de géneros y formas. Frente a las pretenciosas concepciones de la filosofía como sistema terminado, cerrado, inamovible y permanente; Téllez ofrece un pensamiento libre, itinerante, y continuamente reno-

vado, abierto a diferentes cruces de caminos, alejado de los discursos tradicionales que asignan poder de verdad absoluta a la filosofía y de las abundantes jergas que han aprestigiado equivocadamente a la filosofía. Su libro es el resultado de un pensamiento lúcido y renovado mediante el desecho y ajuste progresivo de conceptos e ideas que van comprendiéndose insuficientes, inapropiadas o falsas.

Filosofía nómada complementa, matiza y dialoga con otros itinerarios del pensamiento y de las ideas que se expresan en sus libros anteriores, como *Filosofía y extramuros* (1999) y *Mitos: filosofía y práctica* (2002). Ofrece propuestas, reflexiones críticas, argumentos, pero no “verdades absolutas”; invita al lector a escoger entre diferentes interpretaciones abiertas por la lectura, e impulsa distintos temas, relaciones, y confrontaciones con autores e ideas, algunas veces novedosos para el lector.

El libro está escrito en cuatro escalones o estaciones que recogen tanto la mirada reflexiva de importantes y selectos pensadores sobre los problemas permanentes del mundo, como las experiencias de vida del autor que visita y reflexiona sobre distintos símbolos del terror, como las cárceles de la Stasi en la antigua República Democrática Alemana (RDA) o los campos de concentración, tortura y exterminio de Pol Pot. Contiene ocho ensayos acerca de intelectuales, escritores y teóricos contemporáneos, dos sobre textos literarios, un diálogo con un librero y editor; y por último, las reflexiones sobre las cárceles y centros de terror del comunismo.

Quisiera referirme, especialmente, a cinco de los diez importantes ensayos del libro. El primero trata las distintas facetas de la obra de Roland Barthes. Freddy Téllez observa en el escritor dos tendencias opuestas que luchan entre sí: el Barthes científico, teórico, sistemático y clasificatorio, amigo

del metalenguaje; y el Barthes creativo, fragmentario, aforístico, antisistemático y subjetivo; el estructuralista y positivista de S/Z, y el autor de *Fragments d'un discours amoureux* o *Roland Barthes par Roland Barthes*, autobiográfico y sin pretensión analítica. Téllez dibuja en espejo su propia imagen dual: la del analista y la del creador que no se puede encasillar en las fronteras de los géneros y las normas intelectuales.

Otro de los trabajos se refiere a *El hombre rebelde* de Albert Camus (1951), un ensayo de especial interés para los colombianos. Téllez sitúa al lector en el universo filosófico y literario de Camus, y vuelve a evaluar y analizar cuidadosamente, más de cincuenta años después, la histórica polémica con Sartre y el interés y vigencia de las posiciones de Camus sobre la ortodoxia marxista. Camus, con argumentos críticos y lucidez anticipatoria, expone la indignación moral del intelectual independiente ante el asesinato, el crimen “revolucionario”, las justificaciones ideológicas del marxismo, los trabajos forzados del periodo estalinista, la persecución y el genocidio nazi, el terror comunista, la represión de opositores ideológicos, los campos de concentración y el antisionismo del estalinismo, y explica, en sus distintas respuestas, los móviles psicológicos y mentales de la rebeldía, en su intento vano de tratar de abolir el desequilibrio y el mal del mundo. El texto enfrenta temas y posiciones de gran vigencia, como los deseos e ilusiones revolucionarias de transformar el orden establecido, frente a sus posibilidades reales; las características intelectuales del izquierdismo dogmático; los soportes de los prejuicios ideológicos; la limitada y parcializada visión del militante marxista, quien, sintiéndose dueño de una verdad superior, encasilla con simplismo a sus opositores, (“quien no es marxista es de derecha...”); las características

de una rígida visión historicista y sus falsas ilusiones; los vicios del ideologismo, entre otros temas de importancia. La polémica entre Camus y Sartre; entre Camus, el intelectual independiente que reclama la libertad individual, el lúcido decepcionado, y Sartre, el político, ideólogo y militante, moralista ilusionado, que sobrepone el interés colectivo a la libertad individual y justifica los medios para obtener un fin, ilumina muchos debates de actualidad.

Téllez destaca el valor intelectual y la independencia de Albert Camus que se enfrenta a la figura todopoderosa e intocable del Sartre dogmático, militante, y seudomoralista, que lo mira con el desdén colonialista y manda a un dependiente (Francis Jeanson) a contestarle. El artículo reivindica el valor e importancia de la escritura y del pensamiento de Camus, su avanzada visión para condenar tempranamente, en 1951, los crímenes del estalinismo y del marxismo, y su capacidad para cuestionar con sentido crítico el marxismo dogmático, y su negación y persecución del pensamiento opositor, entre otros aspectos examinados con cuidado e independencia.

Otro artículo especialmente interesante es el que presenta a Clément Rosset. Freddy Téllez sitúa al filósofo francés en las tradiciones de Descartes, Schopenhauer y Nietzsche, y lo relaciona con Cioran en su visión escéptica ante la impotencia humana frente al transcurso del tiempo, el envejecimiento y la muerte, en su compartida visión lúcida y desilusionada a la vez, y expone y analiza los principios y argumentos de su pensamiento. Presenta un pensamiento “contra corriente”, como el de todos los intelectuales lúcidos, el de un pensador solitario y desilusionado como Cioran, apartado de la ilusión histórica, de la ilusión del progresismo, de la concepción de la moral eterna y única, de las ilusiones de poder eliminar el mal en el

mundo; Rosset, como Cioran, es un pensador singular que considera que la principal tarea de la filosofía es la “destrucción de ideas dudosas”, de “ilusiones y delirios” (p.64).

“El Nietzsche de Rudolf Steiner”, artículo sobre el crítico austriaco, resulta fundamental. Steiner, quien estuvo inicialmente en contacto con los organizadores originarios de los archivos del filósofo y dio cursos sobre el pensamiento de Nietzsche a la propia hermana de éste, se convirtió en uno de los más importantes comentaristas de su obra. El artículo muestra su evolución, sus diferencias entre la visión positiva de 1895 y la interpretación deformante de 1900. Téllez explica sus inconsistencias, contradicciones y falsedades. Desenmascara la mala interpretación y los errores de su lectura parcial. Y nos alerta sobre la necesidad de asegurar mejor comprensión de la filosofía de Nietzsche, porque el crítico lo reduce a una clasificación psicopatológica, diagnostica la personalidad del filósofo, y, finalmente, descalifica el pensamiento con el estigma de la “locura”. Téllez muestra cómo se malinterpreta a un pensador con los esquemas psicologistas y cientificistas, y cómo se oficializa y extiende desde 1926, a través del movimiento antroposófico, una imagen y un concepto falsificado. Una fecunda reflexión.

El artículo sobre tres posiciones filosóficas distintas, la de Sartre, la de Heidegger y la de Sloterdijk, a propósito del humanismo, puede considerarse el trabajo central del libro. Revive y analiza una polémica fundamental en la historia de la cultura y de la filosofía: la del humanismo europeo del siglo XX, desde las diversas concepciones y valoraciones del ser humano: la del marxista Sartre, la del Heidegger nazi, la del Sartre político y militante, la del teólogo Heidegger, la del materialista Sartre, la del metafísico Heidegger, la del filósofo Sartre, y contrapone el cuestionamiento

crítico de Sloterdijk frente a las diversas posiciones de los otros dos.

Freddy Téllez señala la ruptura filosófica entre los tres importantes autores: la evolución de su pensamiento antes y después de la Segunda Guerra Mundial, la actualidad de la polémica, los matices de las diferentes posiciones y relaciones de las concepciones de los autores, las contradicciones y confusiones conceptuales del humanismo de Heidegger y del marxismo de Sartre. Con su trabajo ayuda a entender y a cuestionar los errores de la concepción metafísica del hombre planteada por Heidegger, su visión de la “naturaleza fija” o “esencia inamovible y divina” del hombre, las inconsistencias de los conceptos de “naturaleza humana” y “esencia”, situadas por encima de los condicionamientos históricos y sociales, y permite al lector encontrar múltiples argumentos para derrumbar su investidura. Si el humanismo teísta expuesto por Heidegger afirma que el ser humano es el valor supremo y que es de “naturaleza divina”, el marxismo y su concepción comunista defiende la libertad de escogencia y decisión, al margen de los dioses. Igualmente, el ensayo invita a repasar y precisar los argumentos sartreanos en pro y en contra de la posible libertad de escogencia individual del hombre, contra visiones teístas, como la de Heidegger, y contrapone argumentos contra las decisiones del terror totalitario, bien sea de izquierda o de derecha. Cuestiona el concepto de sujeto tanto en la filosofía humanista como en el marxismo, e invita al lector a retomar temas y problemas esenciales a la filosofía, de gran interés y actualidad.

Este trabajo esencial permite a los jóvenes de hoy una honda reflexión sobre las ilusiones y deformaciones conceptuales del marxismo y sus errores políticos y teóricos. Los intelectuales de hoy —cincuenta años después de iniciada la polémica contra el marxismo— ya

no pueden decir, acompañando a Bernard-Henry Lévy, que “es mejor equivocarse con Sartre que tener la razón con Camus”. Hoy, si leen con cuidado, encontrarán otra perspectiva, con mayores y mejores argumentos, que les permitirá desenmascarar las ilusiones de la política, con sus engendros utópicos. Sloterdijk amplía la polémica sobre el humanismo (teísta o marxista) y revela aspectos, perspectivas y argumentos no señalados antes: nos habla de los ideales doctrinarios del humanismo, del humanismo (teísta o marxista) como doctrina, con sus formas de “cohesión social” y “domesticación” del hombre. Los jóvenes ilustrados ya no pueden cerrar los ojos ante las consecuencias totalitarias, dogmáticas o terroristas del marxismo doctrinario, o del humanismo teísta. Sloterdijk y Camus, como lo muestra en su libro Freddy Téllez, invitan a reflexionar con más claridad y a enriquecer con argumentos más consistentes nuestra visión del mundo.

La última sección propone una mirada crítica y reflexiva sobre el terror comunista, y una manera de posicionarse ante los hechos actuales. Es un recorrido por dos lugares tristemente célebres en la historia de la infamia y el terror, uno de ellos, en una de las cárceles de la Stasi alemana en la RDA: Hohenschönhausen, y el otro, en un centro de tortura y exterminio en la Camboya de Pol Pot: Tuol Sleng. Con textos hondamente reflexivos y analíticos, Freddy Téllez, invita a comprender mejor la historia y la condición humana mediante la reconstrucción de la memoria histórica y su itinerario por las huellas y cicatrices de las distintas prácticas del terror comunista. ■

María Dolores Jaramillo (Colombia)
Profesora Universidad Nacional de Colombia

Notas

1 Entrevista realizada por Óscar González, 2008.

KINETOSCOPIO

LA REVISTA PARA LOS QUE AMAN EL CINE

Suscripción por un año: \$32.000

Renovación por un año: \$30.000

Suscripción por dos años: \$54.000

Renovación por dos años: \$52.000

Mayores informes en el 5134444 extensión 178.

kinetoscopio@kinetoscopio.com

www.kinetoscopio.com